

Oratoria, retórica y escritura en Grecia

J. Carlos IGLESIAS ZOIDO

Abstract

This work is an analysis of the influence of the progressive extension of the literacy on the field of the Greek art of the Oratory and the Rhetoric. The ever-increasing use of the writing in the process procedure of the speeches is a factor of unarguable matter. Faced with the upholder authors of its revolutionary impact in the oratorical frame, this study still raises the necessity to take into account the developed process of the Greek art of the Oratory in the gross, from its most ancient demonstrations.

0. El presente trabajo¹ es una reflexión sobre un tema que últimamente goza de un especial interés en el reducido círculo de los estudios retóricos: el modo en que la progresiva extensión de la escritura —en un proceso que se desarrolla ininterrumpidamente desde la época arcaica hasta bien entrada la época clásica— influyó sobre el ámbito de la oratoria y de la retórica griegas. El uso cada vez mayor de la escritura en el proceso de elaboración de los discursos ha sido aceptado, a lo largo de los últimos años, como un factor de importancia indiscutible para comprender aspectos decisivos en la evolución de la oratoria y retórica antiguas. Sin embargo, a pesar de tratarse de una idea en apariencia bien asentada, en los estudios dedicados al tema se observa una

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación DGICYT, PB 96-1268, dirigido por el Dr. D. Antonio López Eire de la Universidad de Salamanca.

fuerte discrepancia en la interpretación de los datos y, lo que quizás sea más preocupante, una falta de precisión a la hora de concretar el modo en que se produjo la influencia de ese avance. Por ello, antes de pasar a desarrollar las líneas principales de nuestro trabajo, en el que ofreceremos nuestra visión sobre la transformación que tanto la oratoria como la retórica griegas sufrieron como consecuencia del uso de la escritura, creemos necesario analizar someramente la situación planteada por la crítica hasta el presente momento.

0.1. El punto de partida de muchas de estas reflexiones es la obra de E. A. Havelock², quien, de manera general, ya trazó en su momento las principales etapas del paso de una sociedad oral a otra alfabetizada en la Grecia antigua. El cuadro resultante se estructura en tres grandes momentos históricos. Antes del siglo VIII, la cultura helena sólo pudo ser mantenida por medio de la constante repetición y memorización de una tradición poética bien asentada. En este contexto oral, la única tecnología que podía garantizar su preservación y transmisión fue la palabra rítmica organizada en modelos métricos. A partir de la adopción del alfabeto fenicio por los griegos, la cultura helena entraría en un período de transición en el que lo oral y lo escrito comenzarían a convivir, desarrollándose una especie de «craft literacy». Habría que esperar hasta el último cuarto del siglo V a. C. para que la escritura acaparase el control de la cultura y de la educación, y para que un nuevo racionalismo analítico, ya bien entrado el siglo IV, impulsara la creación de reflexiones técnicas y artísticas más elaboradas.

Pues bien, este cuadro evolutivo —con todas las importantes consecuencias que se derivan de él— ha sido tomado como base por gran parte de los estudios sobre el proceso de alfabetización en Grecia publicados a lo largo de los últimos treinta años. Y, en lo que a nosotros nos interesa, ha influido de manera decisiva en el planteamiento de los trabajos dedicados a la retórica griega³, que, hoy en día, se ven obligados a ampliar horizontes y a tener en

² Cf. E. A. Havelock, *Preface to Plato*, Cambridge 1963. Hay una traducción a la lengua española: *Prefacio a Platón*, Madrid 1994. Del mismo autor, cf. también la colección de estudios *The Literate Revolution in Greece and its Cultural Consequences*, Princeton 1982 y la recientemente traducida *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el Presente*, Barcelona 1996, donde ofrece una visión general que aúna las conclusiones de sus múltiples y dispersos trabajos sobre la oralidad en la cultura griega, especialmente en las pp. 19-39.

³ Un ejemplo de ello es el estudio de R. J. Connors, «Greek Rhetoric and the Transition from Orality», *Ph&Rh* 19 (1986), 38-65, quien señala que el éxito de la retórica oral a lo largo del siglo V y comienzos del siglo IV se debió a un uso cons-

cuenta el nuevo parámetro metodológico que supone el proceso de alfabetización. Quizás, el ejemplo proporcionado por Kennedy sea el más significativo. El autor norteamericano, al escribir su historia de la retórica en 1963 —es decir, en el mismo año en que Havelock publicaba su *Prefacio*— señalaba que fueron cuatro las circunstancias que propiciaron la aparición de una conciencia retórica en la segunda mitad del siglo V: un proceso de racionalización del discurso, con el desarrollo del argumento basado en lo probable o εἰκός; la división del discurso en partes con funciones claramente definidas; preocupación por el estilo de la prosa y, finalmente, el inicio de estudios de tipo filológico y gramatical⁴. Treinta años después⁵, y ya desarrollado un amplio estudio sobre la oralidad y la escritura en Grecia, a estos cuatro condicionantes de tipo literario, Kennedy añadió otro de tipo material y social: el influjo de la escritura, ya que, como señala el propio autor, a lo largo de este tiempo la investigación ha ido dejando claro que para la descripción y enseñanza de las técnicas retóricas fue preciso que los discursos pudieran ponerse previamente por escrito⁶.

Pero donde más y mejor se observa la influencia de los planteamientos havelockianos es en algunos estudios recientes sobre el origen de la retórica, como los bien conocidos de T. Cole⁷ y E. Schiappa⁸. Ambas investigaciones sobre el origen de la retórica, tras ofrecer un análisis de testimonios literarios, que en

ciente de los mecanismos de ese subconsciente oral, pasivo y comunitario descrito por Havelock, lo que explicaría la oposición de Platón a la retórica como una consecuencia inevitable de su lucha contra los efectos nocivos de la tradición poética.

⁴ Cf. G. A. Kennedy, *The Art of Persuasion in Greece*, Princeton U.P. 1963, pp. 30 y ss.

⁵ Cf. G. A. Kennedy, *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton U.P. 1994, pp. 26 y ss.

⁶ Cf. G. A. Kennedy, «Historical Survey of Rhetoric», en S. E. Porter (ed.), *Handbook of Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B.C.-A.D. 400)*, Leiden 1997, pp. 8-10: «Greater use of writing changed the view of language, allowing it to be visualized on a page; it made rereading possible, with comparison between passages; it facilitated logical arguments that might be difficult to follow orally...».

⁷ T. Cole, *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece*, Baltimore-London 1991. Las ideas principales de este libro fueron expuestas en un artículo previo: «Le origini della retorica», QUCC 23 (1986), 7-21.

⁸ E. Schiappa, *Protagoras and Logos: A Study in Greek Philosophy and Rhetoric*, Columbia, 1991, especialmente las pp. 39-63 («The «Invention» of Rhetoric»). En la misma línea cf. otros trabajos del autor, como «The Beginnings of Greek Rhetorical Theory», en D. Zarefsky (ed.), *Rhetorical Movement: Essays in Honor of Leland M. Griffin*, Evanston 1990.

conjunto abarcan un amplio período que parte de los discursos homéricos y llega hasta los sofistas, llegan a la conclusión de que la conversión de la retórica en una técnica sistemática de análisis del discurso es una invención que no se produce hasta bien entrado el siglo IV a. C.⁹ En la base de sus análisis es evidente el influjo de las ideas de Havelock, quien, extendiendo la influencia de la mentalidad oral hasta finales del siglo V, veía a Platón como el primer portavoz, ya entrado el siglo IV, de una nueva forma analítica de pensamiento y de conciencia de base alfabética, que acabó reemplazando definitiva y revolucionariamente al antiguo estado mental fruto de la oralidad. Estos mimbres, en manos de autores como Cole y Schiappa, dan como resultado que, frente a la idea de una *evolución* progresiva de la oratoria ática y de su técnica desde fases precedentes, habría que hablar de una auténtica *revolución retórica*, que además sería tardía, manifestada a partir de las obras de Platón y, sobre todo, de Aristóteles.

A pesar de la influencia ejercida por estos estudiosos, lo cierto es que la crítica no es unánime a la hora de interpretar los escasos datos que tenemos sobre el nacimiento de la retórica y sobre el influjo que, sobre este proceso, ejerció la alfabetización. De hecho, frente a la línea de argumentación defendida por estos autores —brillante, pero discutible en muchos aspectos—, otros estudiosos han avanzado por otros caminos. En unos casos, reinterpretando las ideas tradicionales a la luz del nuevo contexto; en otros, oponiéndose frontalmente a los planteamientos de Havelock y de sus seguidores. En el primer caso, habría que incluir un trabajo como el de Thomas y Webb¹⁰. Ambos autores, en directa referencia a las ideas expresadas por Cole, afirman que retrasar el origen de la retórica como una técnica del discurso hasta bien entrado el siglo IV sería válido si ese origen es entendido como el acoplamiento de una práctica con una teoría que reflexiona sobre sus efectos y comportamiento. Sin embargo, no sería una opción tan válida en el caso de que intentáramos localizar el momento en que se produce el paso de una concepción no reflexiva del discurso a otra en la que se lleva a cabo una creación consciente y ajustada a unas reglas, por muy poco definidas que éstas sean. En este caso, el origen de la retórica habría que situarlo en un momento previo,

⁹ En este sentido, E. Schiappa, «Did Plato coin *rhetoriké*», *AJP* 111 (1990), 457-470, defiende que fue Platón quien acuñó el término «retórica», con las implicaciones metodológicas que tal acuñamiento implica, tal y como desarrolla en «*Rhetoriké: What's in a Name? Towards a Revised History of Early Greek Rhetorical Theory*», *QJIS* 78 (1992), 1-15.

¹⁰ C. K. Thomas-E. K. Webb, «From Orality to Rhetoric: an Intellectual Transformation», en I. Worthington (ed.), *Greek Rhetoric in Action*, London-N. York 1994, pp. 3-25.

en el que las colecciones de ejemplos escritos y las primeras *τέχναι* publicadas generaron una actitud crítica con respecto a este proceso concreto de comunicación. De este modo, figuras tradicionales como las de Córax y Tisias recobrarían su minusvalorada importancia.

Un ejemplo de la oposición más extrema a las ideas desarrolladas por los seguidores de Havelock es el reciente trabajo de R. L. Enos, que tiene un título muy significativo a la luz de esta polémica: *Greek Rhetoric before Aristotle*¹¹. Yendo en dirección contraria a la seguida por gran parte de la crítica, y con el objetivo de modificar la idea tradicional de que el punto de partida de la retórica fue la Sicilia de mediados del siglo V a. C., el autor defiende una noción de «invención retórica» más amplia, que incluye distintas manifestaciones literarias —como las épicas y logográficas—, lo que permitiría comprender el contexto que puso las bases para el florecimiento de la retórica clásica. Frente a la *revolución* de Cole y Schiappa, Enos defiende una larga *evolución*, según la cual, llegado un momento concreto del siglo V a. C., ciudades democráticas como Siracusa y Atenas consideraron a esa retórica, que había ido desarrollándose, como una técnica y la aceptaron como una parte de su educación. En esta línea, el autor defiende la idea de que sistemas de expresión escrita estuvieron en contacto con el discurso desde épocas muy tempranas, siendo jalones básicos de ese desarrollo la composición de la «literatura» homérica por parte de los rapsodos y la evolución de la prosa a través de la logografía. Así, antes de que surgiera una especialización (legal, política, ceremonial) del discurso, ya habría existido una especialización en modos concretos de expresión dentro de ámbitos como el de la logografía. La idea clave, por lo tanto, se resume en que tanto discurso oral como escrito debieron estar íntimamente unidos desde un momento más temprano de lo que se suponía hasta ahora y en que sólo desde este punto de partida puede entenderse el surgimiento de la retórica en el siglo V a. C.

En resumen, de lo analizado hasta ahora se deduce que el estudio sobre la influencia del progresivo avance de la escritura sobre la oratoria y retórica griegas ha generado dos interpretaciones diferentes. Una, la defendida por autores como Cole y Schiappa, que retrasan el nacimiento de la retórica como técnica hasta el siglo IV, como consecuencia de conceder un mayor peso a la sociedad oral y de retrasar el influjo de la escritura¹², que llegado el momen-

¹¹ R. L. Enos, *Greek Rhetoric before Aristotle*, Prospect Heights (Illinois) 1993.

¹² Para Cole, tal y como lo expresa desde su artículo de 1986, los discursos modelo del siglo V a. C. y las selecciones de consejos y modelos de los sofistas, preferentemente orientados a la práctica, no serían auténticas *τέχναι* como lo sería la

to, se manifestaría de manera revolucionaria. Otra, la que reinterpreta los datos tradicionales e incluso busca los antecedentes de la técnica retórica en otro tipo de composiciones literarias que estuvieran en contacto con la escritura en el último período de la Grecia arcaica. En definitiva, la discrepancia a la que nos referíamos al comienzo de este trabajo queda puesta de manifiesto en este enfrentamiento entre quienes defienden la idea de una *revolución retórica* y los que abogan por la existencia de una *evolución*.

0.2. Una vez descritas las diversas posturas defendidas por la crítica, es hora de ofrecer nuestra opinión sobre ellas. Sin duda, la idea de concebir la influencia del proceso de alfabetización sobre la sociedad ateniense en general —y sobre el ámbito oratorio en concreto— desde la perspectiva de un cambio revolucionario es sumamente atractiva. No en balde, esta perspectiva ha permitido comparar este momento histórico con otros en los que se produjeron cambios radicales en los procesos de comunicación. Nos referimos, como es evidente, a la Europa de finales del siglo XV, con la invención de la imprenta, y al mundo contemporáneo, con la irrupción de la informática¹³. Sin embargo, lo cierto es que el ámbito que aquí nos ocupa — especialmente en lo que se refiere a la oratoria y en menor medida a su técnica—, contaba con unos antecedentes que no pueden dejarse de lado. Es evidente que la creación de la retórica como una técnica pormenorizada y analítica del discurso es un producto del ambiente intelectual que floreció en la segunda mitad del siglo V y que la utilización de la escritura en la elaboración de los discursos fue un elemento clave en esa nueva situación. Sin embargo, no es menos evidente la existencia de unos antecedentes, que incluso llegan hasta la época homérica, y que han de ser tenidos en cuenta. De hecho, pensamos que incluso los discursos homéricos pueden aportar una información útil para entender el fenómeno de la oratoria y, por extensión, de la retórica de la Atenas clásica. La propuesta que defiende la idea de evolución retórica tiene la ventaja de intentar ir más allá del corsé impuesto por los seguidores de las teorías de Havelock, que defienden el mantenimiento de una conciencia oral muy influyente en la sociedad griega hasta finales del siglo V a. C. El problema es cómo casar antecedentes y consecuencias de un modo coherente, que evite saltos explicativos.

retórica aristotélica, en donde existiría una preocupación por analizar y describir metalingüísticamente los hechos retóricos.

¹³ Cf. E. A. Havelock, *o. c.*, 1996, pp. 5 y ss., donde se compara expresamente la obra de Havelock con la de M. MacLuhan, *La Galaxia Gutenberg*, publicada en Toronto en 1962 (trad. esp., Madrid 1969) de manera casi paralela en el tiempo.

Es aquí donde observamos el punto más débil de los estudios que siguen la línea interpretativa de la evolución. Nos referimos a su escasa concreción a la hora de acoplar a los pocos datos disponibles las hipótesis planteadas. El problema de una interpretación como la de Enos es que no ofrece un análisis estructurado de las consecuencias concretas que tuvo para el discurso el paso de una sociedad oral a otra alfabetizada en un arco temporal que va más allá de los testimonios del siglo V a. C.¹⁴. Al centrar su atención en la utilización de medios escritos, entendidos como elementos auxiliares, por parte de rapsodos y logógrafos como antecedentes del uso de los posteriores rétores, descuida el discurso en sí mismo como elemento de análisis. Es decir, sin descartar la influencia que pudiera ejercer la conversión de la literatura homérica de oral en escrita o el surgimiento de la logografía, pensamos que estudios como los de Enos no llegan a ofrecer una explicación global sobre cómo evoluciona una intervención oratoria desde el contexto de una sociedad oral a otro en el que la escritura es un elemento auxiliar cada vez más importante. Y, yendo aún más lejos, no consigue aclarar el papel que realmente jugó la escritura en la formalización de la técnica retórica¹⁵.

¹⁴ En esta misma línea, sólo habría que echar un vistazo a trabajos recientes como el de Ch. L. Johnstone, «The Origins of the Rhetorical in Archaic Greece», en Ch. L. Johnstone (ed.), *Theory, Text, Context. Issues in Greek Rhetoric and Oratory*, N. York 1996, 1-18. Aunque señala como decisivos para el desarrollo de la retórica tres puntos básicos —(p. 4): «the transition from orality to literacy», «the emergence of the *poés*» y «the shift from *mythos* to a naturalistic cosmology», no aporta una explicación que permita entender el modo en que estos factores generales (y en concreto el de la alfabetización) ejercieron su influencia sobre el discurso y su técnica.

¹⁵ De hecho, Enos, *o. c.*, afirma (pp. XII-XIII) que su libro pretende resolver los dos problemas que han aquejado a la crítica de manera reiterada: En primer lugar, ante las historias de la retórica que subordinan la ἀκριβεία a una sucesión ordenada de hechos, el autor pretende ofrecer una especie de «pre-history» de la retórica clásica en la que no se imponga un discurrir ordenado y racional que no se corresponde con la realidad. En segundo lugar, el peligro de las visiones demasiado generales se pretende sortear a través de análisis concretos y detallados de figuras o hechos relevantes, haciendo especial hincapié en la introducción de fuentes que hasta este momento no han sido tenidas en cuenta por la crítica y en el análisis del contexto histórico. Ambos objetivos —con las ventajas que puedan ofrecer— ponen de manifiesto esa falta de continuidad en la explicación a la que nos referimos. Un análisis detallado de este trabajo en J. C. Iglesias Zoido, «Sobre la prehistoria de la retórica griega», *Tempus* 18 (1998), 71 y ss.

0.3. Por todo ello, teniendo en cuenta esta situación y el modo en que ha sido afrontada hasta ahora en los trabajos previos, el objetivo de nuestro estudio es analizar, como un todo unitario y continuo, el proceso de transformación que sufre la oratoria como consecuencia del paulatino uso de la escritura y cómo esa misma transformación puso las bases para el surgimiento de la retórica como una técnica, con una forma y objetivos bien definidos.

1. DISCURSO ORAL FRENTE A DISCURSO ESCRITO DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOSOS ANTIGUOS: ¿HUBO RETÓRICA EN HOMERO?

1.1. En la descripción de este proceso hemos de partir ineludiblemente de los discursos homéricos¹⁶, ya que éstos son las primeras manifestaciones oratorias de la cultura occidental y, tanto en su forma como en su contenido, reflejan los condicionantes de una sociedad oral. Ya los antiguos griegos se plantearon con respecto a estos discursos una cuestión que, desde la perspectiva del estudio de los efectos de la alfabetización, resulta decisiva: ¿Esa oratoria homérica, tan abundante en *Iliada* y *Odisea* hasta el punto de ocupar dos tercios de su extensión total¹⁷, se corresponde con algún tipo de retórica o no es más que un reflejo de la oratoria natural que se daría en la sociedad griega arcaica? Dicho de otro modo, y salvando las evidentes distancias conceptuales, lo que ya se planteaban los antiguos con esta cuestión eran las diferencias existentes entre las manifestaciones oratorias propias de dos tipos de sociedades, una en la que no existía la escritura y el discurso no era más que una efímera huella en el aire y otra en la que la palabra oral tenía en la mayor parte de los casos un correlato gráfico que facilitaba el desarrollo de una técnica.

¹⁶ Sobre los discursos homéricos en general, cf. M. Delaunoy, «Comment parlent les héros d'Homère», *IEC* 20 (1953), 80 y ss. y *Le plan rhétorique dans l'éloquence grecque d'Homère à Demosthènes*, Bruselas 1969; D. Lohmann, *Die Kompositionen der Reden in der Ilias*, Berlin 1970; A. J. Karl, «Homeric Origins of Ancient Rhetoric», *Arethusa* 10 (1977), 237 y ss.; M. Edwards, «Speeches, Soliloquies and Characterization», en *Homer, Poet of the Iliad*, John Hopkins U. P. 1987, pp. 88-97; R. P. Martin, *The Language of Heroes. Speech and Performance in the Iliad*, Ithaca 1989; E. J. Bakker, *Poetry in Speech: Orality and Homeric Discourse*, Ithaca 1997.

¹⁷ B. Fenik, *Homer, Tradition and Invention*, Leiden 1978, p. 68, señala que los discursos ocupan más del sesenta por ciento de la *Iliada*.

1.2. En un primer momento¹⁸, fueron estudiosos estoicos, gramáticos y escoliastas, quienes, gracias a las visiones alegoristas que impregnaban sus estudios, defendieron, probablemente a partir del siglo III a. C.¹⁹, la existencia de una retórica formal en la obra del poeta de Quíos²⁰. Estos autores, que conocían bien la teoría retórica, carecían del sentido histórico que les mostraría que Homero no era responsable consciente de esa técnica que parecían ilustrar sus discursos²¹. En un segundo momento, la idea de la existencia de algún tipo de retórica en Homero se convirtió en uno de los argumentos básicos utilizados en la polémica entre filosofía y retórica. Así, en el siglo II a. C., las escuelas filosóficas, alarmadas por el poder creciente de la retórica, intentaron atacarla arguyendo que su aparente existencia en la época de Homero, antes de la invención del arte, muestra con claridad que la retórica no es una τέχνη. ¿Cómo, se preguntan, si la retórica es un arte, pudo existir antes de que el arte fuera propiamente inventado? Ante este ataque, que supone una con-

¹⁸ A lo largo de los siguientes párrafos seguimos las líneas principales del trabajo ya clásico de G. A. Kennedy, «The Ancient Dispute over Rhetoric in Homer», *AJPh* 78 (1957), 23-35. Cf. también E. A. Ramos Jurado, «Homero como fuente de la retórica en el mundo antiguo», en A. Ruiz Castellanos (ed.), *Actas del Primer Encuentro Interdisciplinar sobre retórica, texto y comunicación: vol. Retórica Griega*, Universidad de Cádiz 1994, pp. 21-31.

¹⁹ A. López Híre, *Los orígenes de la poética*, Salamanca 1980, pp. 121-122, retrotrae al siglo IV a. C. ese interés por la retórica que parece desprenderse de los textos homéricos. Cf. también Ramos Jurado, *art. cit.*, p. 24.

²⁰ G. A. Kennedy, *art. cit.*, pp. 25 y ss., señala, entre otros pasajes fundamentales, Cic., *Bru.* 40 y 50, Sen. (*Ep.* 40.2); Front., *De Eloc.* 1, 5; Aul. Gel., VI, 14, 7; [Plu.], *Vit. Hom.*, II, 172.

²¹ De hecho, una de las afirmaciones más comunes entre estos escritores tardíos sobre esa supuesta retórica homérica está relacionada con los tres tipos de oratoria (elevada, mediana y plana), ilustrados respectivamente a través de los discursos de Ulises, Néstor y Menelao. El pasaje clave es *Il* III, 212 y ss., donde se contraponen la oratoria de Ulises y Menelao, a los que se une como elemento intermedio la oratoria más dulce que la miel de Néstor (*Il* I, 249 y ss.). El tópico de los tres tipos de oratoria presentes en Homero, aunque ya existe en el siglo IV a. C. —Pl., *Pbdr.*, 261 b, hace referencia a las «artes» de Néstor, Odiseo y Palamedes— se desarrolla a partir de la época helenística. Un análisis del pasaje homérico, teniendo en cuenta a los escoliastas y comentaristas antiguos, en F. Létoublon, «Le bon orateur et le génie selon Antéonor dans l'Illiade: Ménélas et Ulysse», en J. M. Galy-A. Thivel (eds.), *La rhétorique grecque*, Paris 1994, pp. 29-40. La autora francesa, frente a la visión defendida por los escoliastas, llega a la conclusión de que el texto homérico sólo concibe dos tipos de oratoria, las representadas por Ulises y Menelao, y que, por lo tanto, no permite la inclusión de un tercer tipo de oratoria, la ejemplificada por Néstor.

tinuación del comenzado por Platón en el *Gorgias*²², los maestros de retórica replicaron de tres maneras:

a) La mayor parte negó la existencia de la retórica en Homero e insistió en que fue creada en el siglo V a. C. en la Sicilia de Córax y Tisias. De este modo, la retórica era concebida, sin más, como una *ars* y equiparada a la filosofía. Hay que acudir en este caso a testimonios muy tardíos, ya que las principales retóricas no contemplaban la inclusión de una sección sobre su origen e historia. Así, por ejemplo, el autor XVII de la colección de *Prolegomena* editados por Rabe niega que la elocuencia de los héroes homéricos pueda ser llamada retórica: los discursos rítmicos de Príamo, Néstor y Odiseo son sólo el resultado de un razonamiento lógico y de una cierta agudeza mental, producto, en definitiva, del talante natural o φύσις. En la retórica, como en todo lo demás, hay un elemento de naturaleza, pero para encontrar el origen de un arte debe señalarse el hombre que lo llevó a su existencia, el lugar donde fue concebida, las circunstancias históricas, la manera y la causa (πρόσωπον, τόπος, χρόνος, τρόπος, αἰτία). La respuesta es evidente: el hombre: Córax o Tisias; el lugar: Sicilia; las circunstancias históricas: el final de la época de los tiranos y el comienzo de la democracia; la causa: la necesidad de los ciudadanos de defenderse ante los tribunales de justicia y de intervenir ante la asamblea.

b) Otros autores, en su mayor parte alegoristas, siguieron aceptando la existencia de la retórica en Homero al considerar que el autor épico era fuente de todos los saberes²³. Así ocurre con el Pseudo-Plutarco en su *De vita et poesi Homeri* o con Télefo de Pérgamo, gramático estoico del siglo II d. C, quien escribió una obra titulada *Sobre la retórica en Homero*. Estos autores pensaban que de entre los versos homéricos podría extraerse una especie de «protoretórica» y que, por lo tanto, existía una τέχνη en los poemas homéricos. Para estos autores no había nada nuevo bajo el sol y Homero era la fuente de todo el saber humano acumulado hasta la época, desde la retórica hasta la filosofía. Homero sería, por lo tanto, un προφήτης por cuya boca se habría comu-

²² Una visión general sobre este debate a lo largo de la antigüedad se ofrece en J. Barnes, «Is Rhetoric an Art?», *DARG Newsletter*, 2 (1986), 2-22 y, más recientemente, en D. Roochnik, «Is Rhetoric an Art?», *Rhetorica* 12 (1994), 127-154, quien analiza el problema desde su planteamiento en el *Gorgias* platónico hasta su reformulación por parte de Quintiliano.

²³ Cf. G. Lehnert, *De Scholibus ad Homerum Rhetoricis*, Leipzig 1896 y Van der Valk, *Eustathii Commentarii ad Homerum Iliadem Pertinentes*, vol. II, Leiden 1976, pp. XXXIV-XXXVII: «De Homero poeta et oratore».

nicado a los hombres el verdadero conocimiento. Así, por ejemplo, una buena parte del *De vita et poesi Homeri* (II, 161-174) se dedica a mostrar la riqueza formal y retórica del texto homérico para llegar a la conclusión de que todo lo que se ha logrado en el terreno retórico con sumo esfuerzo a lo largo de los siglos estaba ya, de un modo natural, en la obra del poeta «padre de todos los griegos»²⁴.

c) Sin embargo, Kennedy²⁵ ya destacó la existencia de una tercera vía a la hora de interpretar la relación entre la oratoria homérica y el origen de la retórica. Hubo un grupo de autores que siguieron el planteamiento de los filósofos estoicos, quienes defendían que la retórica es un producto de tres elementos básicos: *naturaleza, práctica y arte*. La aplicación de estos conceptos a la retórica facilitó que los gramáticos estoicos, al percibir en los poemas homéricos ciertos pasajes que tenían una cierta similitud con la teoría retórica posterior, concluyeran que los héroes homéricos tenían que ser vistos como auténticos rétores naturales previos al pleno desarrollo del arte a partir de la continuada práctica. Estas ideas, ya desarrolladas en época sofística²⁶, e incluso aplicadas por Platón²⁷ a la retórica, son la base para la reconciliación entre retórica homérica y *ars* sofística por parte de Cicerón y Quintiliano.

En definitiva, las tres posturas se resumen del siguiente modo: si un retór, como el XVII de Rabe, define la retórica como un arte, ha de negar por fuerza su existencia en los poemas homéricos. Si la retórica es concebida como uno más de los saberes desarrollados por Homero, aunque sea de un modo

²⁴ En este sentido, es de especial interés el análisis realizado del discurso pronunciado por Ulises en la famosa embajada ante Aquiles (*Il.* IX, 225-306). El Pseudo-Plutarco (*Vit. Hom.* II, 169), aplicando las reglas de la retórica, subdivide la intervención en cuatro partes bien definidas: proemio (IX, 225-8); narración (228-246); argumentación (247-299), dividida a su vez en diversas secciones dependiendo de los objetivos del orador; y, finalmente, epílogo (300-306).

²⁵ Cf. Kennedy, art. *cit.*, pp. 30 y ss.

²⁶ Cf. P. Shorey, «Φύσις, μελέτη and ἐπιστήμη», *TAPhA* 40 (1909), 185-200. La oposición entre talento natural y técnica no es más que una subdivisión entre la antítesis planteada entre φύσις y νόμος. Así, por ejemplo, en el siglo VI a. C., Píndaro exalta la φύσις frente a las διδασκαλαὶ ἄρεται. Con el advenimiento de los maestros profesionales de medicina y sofística se desarrolló ampliamente la idea expresada por Protágoras (Diels fr. 10): «no hay técnica sin ejercitamiento, ni ejercitamiento sin técnica».

²⁷ Cf. Pl., *Phdr.* 269 d: «Si va con tu *naturaleza* la retórica, serás un retórico famoso si unes a ello *ciencia* (ἐπιστήμη) y *ejercicio* (μελέτη), y cuanto de estas cosas te falte, irá en detrimento de la perfección».

rudimentario, sí es posible su existencia en la época homérica. Y la tercera posición, la que acabó defendiendo Quintiliano²⁸, ofrece una alternativa intermedia: la retórica, como una cierta técnica del discurso, existió por naturaleza, como puede observarse en los poemas homéricos²⁹. Sin embargo, su formulación más elaborada tuvo que ser ayudada, a través de la continuada práctica, por la creación de un arte como el desarrollado por los sofistas.

1.3. Esta polémica desarrollada en la antigüedad y la respuesta aportada por los estoicos constituyen la base de una interpretación del hecho retórico de especial interés para nuestra reflexión sobre la evolución de la oratoria desde testimonios de base oral como los homéricos hasta los discursos canónicos de los siglos V y IV a. C. De hecho, esa diferenciación clave entre *naturaleza*, *práctica* y *técnica*, analizada desde la perspectiva de la transición del discurso de una sociedad oral a otra de la escritura, proporciona un esquema conceptual que permite comprender cómo evolucionó la oratoria, de qué modo sufrió la influencia de la alfabetización, y, finalmente, cómo se pasó de la simple práctica al desarrollo de una técnica.

2. EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ORATORIA HOMÉRICA

Para responder a los objetivos planteados al comienzo de nuestro trabajo es preciso analizar de manera sucinta el mundo en el que se desarrolló la oratoria homérica. De hecho, la oratoria homérica y el comienzo de una mínima reflexión sobre el discurso sólo son comprensibles en un contexto histórico en el que se dieron tres circunstancias: creencia en el poder mágico de la palabra, existencia de unas relaciones político-sociales concretas y, lo más decisivo, la actuación de un proceso de creación, ejecución y difusión del discurso condicionado por la oralidad.

2.1. En la Grecia homérica, que se corresponde con la del final de la época micénica, y hasta bien entrada la época arcaica, se creía que la palabra, el

²⁸ Cf. D. Roochnik, *art. cit.*, pp. 139 y ss. Cf. especialmente Quint. *L.O.* II, 17,5 y ss.: *...omnia quae ars consummaverit a natura initia duxisse.*

²⁹ Cf. en este sentido el final de la sección del Brut. (25-38) dedicada a resumir el arte de la oratoria en Grecia, donde señala (40): «ya en los tiempos troyanos Homero no hubiera tributado tan gran loa de la elocuencia de Ulises y Néstor, de los que a uno le dio la fuerza y a otro la dulzura, si ya entonces la elocuencia no hubiera sido tenida en consideración».

λόγος, poseía un poder mágico, supranatural. De hecho, como ocurre en muchas sociedades primitivas, la palabra pronunciada por ciertos chamanes o sacerdotes era susceptible de convertirse en fórmula de encantamiento. Esta creencia rebasaba la esfera de lo religioso y mantenía todo su poder en otros ámbitos como el de la medicina o el de la expresión poética. Así, por ejemplo, ἄρα, la «maldición», una vez que sale de la boca de quien la pronuncia, está condenada a cumplirse inexorablemente sobre la persona a la que se dirige. En otro sentido, también el hombre podía recibir un beneficio mágico de la palabra a través de la curación que seguía a su pronunciación. La palabra en boca de ciertos elementos de la sociedad poseía, por lo tanto, un poder inventible hasta tal punto que sólo la fuerza de vientos huracanados conseguía alejar su efecto sobre los hombres³⁰.

Pero el λόγος no sólo destruye o cura, sino que muy especialmente es un medio por el que el receptor se deleita, es hechizado y, sobre todo, es persuadido. Esa es la fuerza que hizo que Orfeo, con su canto y su lira, arrastrara tras de sí árboles, piedras y alimañas. Es la fuerza con la que los poetas emblesan con sus cantos a un auditorio que sigue su narración en un estado cercano a la hipnosis³¹. Y, finalmente, para lo que aquí nos interesa, es la fuerza con la que los héroes homéricos consiguen que sus discursos sean convincentes y arrastren a sus oyentes. Un discurso que no pierde su poder mágico, pues está inspirado por la divinidad, como señala Hesíodo³². Desde el punto de vista de la mentalidad arcaica, el orador no es el responsable último de lo que dice, sino un simple transmisor de palabras inspiradas por la divinidad, gracias a lo que constituye, como ha estudiado Solmsem, un auténtico don³³.

2.2. Desde el punto de vista político y social, el medio en que se pronuncia la oratoria homérica es el de las asambleas formadas por héroes, en las que el rey, que es uno más de los héroes con una ascendencia o unas cualidades distintivas, escucha los consejos³⁴ de guerreros tan esforzados en sus

³⁰ Cf., por ejemplo, *Il.* 4, 362-3. Un agudo análisis de éste y de otros ejemplos en A. López Eire, «Sobre el origen de la oratoria I», *Minerva* 1 (1987), 1-27.

³¹ En *Ia.*, 535 B-E, Platón nos ofrece una imagen de cómo el rapsoda lleva a cabo un casi hipnótico ensalmo sobre su público, comparando su efecto con el del imán que atrae anillos de hierro. Sobre este tema, cf. E. A. Havelock, *o. c.*, 1994, *passim*.

³² Cf. Hes., *Op.*, 97 y ss.

³³ Cf. E. Solmsem, «The Gift of Speech in Homer and Hesiod», *TAPH* 85 (1954), 1-15. Cf. también A. Sperduti, «The Divine Nature of Poetry in Antiquity», *TAPH* 81 (1950), 209-240.

³⁴ Cf. M. Schofield, «Euboulia in the Iliad», *CQ* 36 (1986), 6-31.

acciones como elocuentes en sus discursos. En este contexto es donde el rey media entre las partes por medio de veredictos justos y merced a la persuasión que proporciona una brillante elocuencia, regalo de las musas. Por lo tanto, el ámbito en el que se desarrolla esta oratoria es cerrado y limitado por la pertenencia a vínculos sociales muy claramente determinados. La consecuencia inmediata es que la oratoria que se desarrolle en este contexto trataría un número de cuestiones restringido y condicionado por el sistema de valores imperante. En definitiva, nos encontramos ante un sistema en el que interviene un número limitado de oradores, que se enfrentarían a la intervención en cuestiones y temas relacionados con su *status* y que, por tratarse de asuntos bien conocidos, serían fácilmente sistematizables.

3.3. Junto a estos dos aspectos, el elemento básico que condiciona la oratoria homérica es la sociedad oral en la que se desarrolla. Este es el aspecto que más nos interesa. Este contexto oral, como ha estudiado R. Finnegan en un trabajo ya clásico³⁵, implica la existencia de un proceso de composición literaria que, con respecto a la oratoria, puede ser analizado teniendo en cuenta tres fases consecutivas: creación previa, ejecución (*performance*) y difusión posterior del discurso.

a) *Creación previa*. En este caso nos referimos al momento en el que el orador se enfrenta al proceso de creación del discurso. Hay que señalar que, sobre todo en las fases más primitivas de una cultura oral como la homérica, podría llegar a coincidir este momento creativo con la siguiente fase, la de la exposición del discurso ante el auditorio: en este caso habría que hablar de «discurso totalmente improvisado» en el que la *φύσις* del orador es decisiva para el éxito de su intervención. Pero, incluso en este caso, puede hablarse de una cierta fase previa en la que se ponen las bases de esa alocución improvisada. Si, de un modo teórico, el poder mágico de la palabra y la creencia en la inspiración divina implicaban la inexistencia de un proceso previo de creación del discurso, en la práctica debió existir un fondo de lugares comunes y de

³⁵ Cf. R. Finnegan, *Oral Poetry. Its Nature, Significance and Social Context*, Cambridge 1977, pp. 16 y ss. con respecto al análisis de la poesía en el ámbito oral. Estas teorías han sido aplicada, como base metodológica, al estudio de la oralidad y de sus manifestaciones literarias en la antigua Grecia. En este sentido, cf. R. Thomas, *Literacy and Orality in Ancient Greece*, Cambridge 1992, pp. 6 y ss. Esta diferenciación, además, es la que sustenta metodológicamente el desarrollo de trabajos como los de B. Gentili y G. Cerri, *Storia e Biografia nel pensiero antico*, Roma-Bari 1983, pp. VII-VIII, que se dedican exclusivamente a estudiar la oralidad de la comunicación.

modos de enfocar las intervenciones surgido de la práctica o *ἐμπειρία*. Esa práctica, que se lograría con los años y con la acumulación de experiencia, podría ser enseñada de maestro a discípulo, tal y como Homero nos dice que hizo Fénix con Aquiles³⁶, a quien enseñó no sólo a actuar, sino también a hablar ante una de esas asambleas. La existencia de esa instrucción, por muy rudimentaria que fuera³⁷, permite defender la idea de que se dio, con todas las limitaciones que se quiera dentro de una sociedad oral, una especie de «proto-retórica». Utilizamos este término en su sentido más propiamente educativo, es decir, como «rudimentario método de instrucción oratoria»³⁸, consistente en una cierta reflexión sobre el discurso y sus efectos, que además suele estar relacionada con aquellos héroes que, por su mayor edad, acumulan más experiencia³⁹. Por todo ello, no ha de resultar extraño que los héroes homéricos sean conscientes del valor de la palabra y que se vean a sí mismos como mejores o peores oradores. El propio Aquiles dice que hay otros mejores que él en el ágora: (*Il. XVIII*, 104-6) ἀγορῆ δέ τ' ἀμείνονές εἰσι καὶ ἄλλοι⁴⁰. E incluso hay pasajes, como *Il. XV*, 284, que parecen testimoniar la existencia de competiciones oratorias entre jóvenes⁴¹.

b) *Proceso de ejecución*: Es evidente, en todo caso, que la existencia de esa reflexión previa ocupaba un lugar secundario en la mentalidad arcaica, en la

³⁶ Cf. Hom., *Il. IX*, 438 y ss.

³⁷ G. A. Kennedy, *o. c.*, 1963, p. 36, defiende la idea de que los oradores, al igual que los poetas, se servirían en esa instrucción de la ayuda de fórmulas y de un cierto conjunto de lugares comunes.

³⁸ En este sentido, es especialmente interesante el artículo de C. J. Mackie, «Achilles' Teachers: Chiron and Phoenix in the Iliad», *G&R* 44 (1997), 1-10, quien establece un paralelo entre el joven Aquiles instruido por Fénix (*Il. IX*, 441: νῆπιος; cf. *Il. XI*, 766 y 787-8) y el joven Telémaco instruido por Atenea (*Od. 4*, 818: νῆπιος, οὔτε πόνων εὐ εἰδῶς οὔτ' ἀγοράων). Atenea lleva a cabo la labor de hacer avanzar a Telémaco desde la infancia (*Od. I*, 88 y ss. y 296-7) y su primera tarea es convencer a una asamblea para que se bote un barco (*I*, 272), objetivo que, a pesar de tener tan alta instructora, no consigue (*II*, 40 y ss. y 812 y ss.).

³⁹ De hecho, en un pasaje bien conocido, *Il. XIX*, 216-8, Ulises habla de su mayor experiencia (πρότερος γενόμενῃ καὶ πλείονα οἶδα) y le dice a Aquiles que atiende a sus palabras (μύθοισιν ἔμοισιν).

⁴⁰ Cf. también, Hom., *Il.*, *XVIII*, 252 y *XIX*, 216 y ss. En la *Od.*, (*XI*, 510-5) Ulises se compara a sí mismo y a Néstor con la oratoria de Neoptólemo. Un análisis de estos y otros pasajes en J. B. Torres Guerra, «El héroe como orador», en A. López Eire y otros (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*, vol. 1, Salamanca 1997, pp. 39-43.

⁴¹ En este sentido, cf. también Quint., *I.O.*, 2.17.8.

que dominaba la idea de que la oratoria, la palabra persuasiva, era un regalo de las musas, de la divinidad, con un origen y atributos mágicos. Por ello, a pesar de la evidente experiencia que fuera acumulándose y del rudimento de enseñanza que iría madurando de generación en generación, el orador no se plantea una elaboración previa del discurso, sino que, al igual que el poeta épico, lo ejecuta, es decir, lo elabora sobre la marcha, improvisando y poniéndose de manera sincera en manos de las musas o de la divinidad. Lo aprendido previamente se mantendría en un plano subconsciente, como parte de un bagaje que se pondría en práctica en ese momento⁴². En este caso, tanto la naturaleza como la experiencia del orador tendrían que jugar un papel decisivo en la mayor o menor complejidad de estas alocuciones. Desde este punto de vista es como puede interpretarse la clasificación de los discursos homéricos elaborada por M. Delaunois⁴³, quien los divide en cuatro grandes grupos: 1) aquellos que son fruto de un plan psicológico desordenado, sin ningún tipo de ordenación de tipo «retórico», que es el más abundante en Homero; 2) aquellos que parecen seguir un plan psicológico ligeramente ordenado; 3) los que parecen seguir un plan de simple lógica; 4) aquellos en los que se puede establecer una ordenación más elaborada —lo que el autor denomina «le plan logique plus étudié»— en la que puede distinguirse una cierta *dispositio*: un proemio, una argumentación y un epílogo. De este último tipo, serían ejemplos representativos el discurso de Héctor a los troyanos en *Iliada* VIII, 497-541 o los famosos discursos de la embajada que en el canto IX de la *Iliada* trata de convencer a Aquiles para que vuelva a la lucha⁴⁴.

En cuanto a la validez de los discursos homéricos para entrever el modo en que realmente se debieron ejecutar los discursos contemporáneos, última-

⁴² Es de gran utilidad la descripción del proceso de ejecución realizada por B. Gentili, *Poesía y público en la Grecia Antigua*, trad. esp., Barcelona 1996, especialmente, el capítulo «Oralidad y Cultura Arcaica», pp. 19-58. Como ha señalado J. A. Notopoulos, «Mnemosyne in Oral Literature», *TAPhA* 69 (1938), 465-493, en el proceso de creación-ejecución entra en juego lo que Platón denomina *μνήμη* o «memoria creativa».

⁴³ Cf. M. Delaunois, *art. cit.*, 1953.

⁴⁴ Estos discursos ya llamaron la atención de los críticos antiguos y, de hecho, son analizados retóricamente por el Pseudo-Plutarco en su *Vit. Hom.*, II, 169 y ss. Un análisis retórico de los discursos de Néstor en P. Toohey, «Epic and Rhetoric: Speech-Making and Persuasion in Homer and Apollonius», en I. Worthington (ed.), *Greek Rhetoric in Action*, London y N. York 1994, pp. 153-175. (Hay una versión ligeramente revisada en el número de 1995 de la revista electrónica *Arachnon*).

mente R. P. Martin⁴⁵ ha señalado que, aunque los discursos de Homero son versiones poéticas de la realidad, también en cierto modo han de ser miméticas con respecto a esa misma realidad, al igual que ocurre por ejemplo con las descripciones de batallas. Además, como ha estudiado Griffin⁴⁶, existen diferencias entre la lengua narrativa y la empleada en los discursos, diferencias que abundarían en esa idea. Así, por ejemplo, los nombres abstractos parecen estar restringidos a los discursos. Incluso yendo más lejos, tomando en cuenta el testimonio proporcionado por el *Ión*, podría haber una diferencia de ejecución de los discursos con respecto a las partes narrativas de los poemas épicos, ya que en el diálogo platónico se avanza la idea de que esas alocuciones en estilo directo son interpretadas por los rapsodos como si se tratase de papeles dramáticos.

c. Difusión posterior. En este mundo oral, en el que no se utiliza la escritura, sólo la memoria permite preservar las principales ideas y argumentos utilizados⁴⁷. El recuerdo de esos elementos, transmitidos de boca a oreja, pasaría a formar parte del fondo de conocimientos que atesoraban esos héroes maduros y experimentados que podían actuar como instructores de otros más jóvenes e, incluso, integrarían un fondo de lugares comunes y modos de pronunciar un discurso compartidos por el conjunto de la comunidad. En definitiva, la difusión oral de los discursos, con su obligada selección de aquello que fuera más destacado, incrementaría una experiencia, sobre la que, a su vez, se basaría esa instrucción que colabora en el proceso de creación previa del discurso.

La relación que se establece entre estas tres fases del proceso de comunicación en una sociedad oral muestra con claridad que la oratoria en la época homérica conforma una especie de círculo cerrado. Hay un punto de partida (I) formado por la experiencia e instrucción previa⁴⁸, que actúa como un fondo de conocimientos que se pone en juego de manera improvisada en la eje-

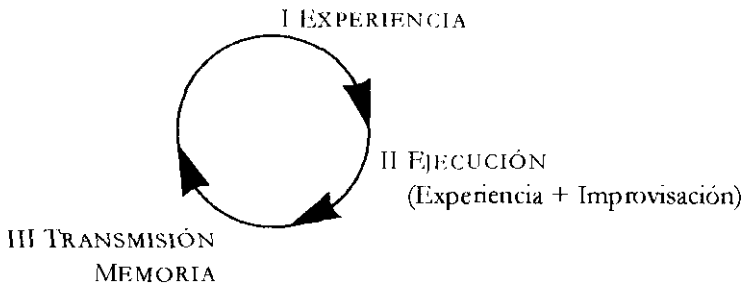
⁴⁵ R. P. Martin, *o. c.*

⁴⁶ J. Griffin, «Homeric Words and Speakers», *JHS* 106 (1986), 36-57. *Cf.* también las apreciaciones críticas de I. J. F. de Jong, «Homeric Words and Speakers: An Addendum», *JHS* 108 (1988), 188-189.

⁴⁷ *Cf.* R. Thomas, *o. c.*, pp. 108 y ss.

⁴⁸ En esta fase habría que distinguir entre una visión diacrónica y otra sincrónica. En el primer caso, analizando la cuestión desde sus remotos orígenes, no podría determinarse con claridad si existió una instrucción previa, ya que es preciso el aporte de algún tipo de experiencia por limitada que sea (sería algo similar al planteamiento de la eterna cuestión: ¿qué fue antes: el huevo o la gallina?). En el segundo caso, analizando el corte sincrónico que supone la época homérica, la existen-

cución (II) y cuyos elementos más destacados son seleccionados y transmitidos por medio de la memoria (III), contribuyendo, de este modo, a proporcionar un material complementario que volvería a alimentar la fase I. Este proceso implica una necesaria y obligada reelaboración de la información oratoria, con el consiguiente proceso de reflexión añadido, y es un argumento a favor de la existencia de una cierta «proto-retórica» basada en la simple práctica, o, como señalaba Quintiliano, de una especie de retórica «natural».



Lo cierto es que ese proceso implica un progresivo perfeccionamiento, incluso en un contexto oral como el de la sociedad homérica. La culminación de un proceso implica el inicio de otro que ya parte de una base (fase I) más amplia y elaborada que indefectiblemente tendría que afectar a las siguientes. Y así ocurriría en las siguientes hasta que algún nuevo factor externo provocase un cambio sustancial en alguna de sus fases. Ese factor, como veremos a continuación, tuvo que ser la difusión de la escritura y el consiguiente proceso de alfabetización.

3. LOS NUEVOS CONDICIONANTES MATERIALES: EL DESARROLLO DE LA CULTURA DE LA ESCRITURA Y SU INFLUENCIA EN EL NACIMIENTO DE LA RETÓRICA

3.1. La creación de la retórica, tal y como se entenderá en la época clásica, como un arte del discurso, sólo pudo producirse cuando se dieron una serie de circunstancias materiales, políticas y sociales concretas⁴⁹. Entre ellas, la escritura se convirtió en un elemento capital que provocó un proceso de cam-

cia de esta primera etapa no plantea dudas: una cierta experiencia en el «arte» del discurso ya existe sin duda.

⁴⁹ Cf. Kennedy, *o. c.*, 1994, pp. 26 y ss.

bio inédito en el mundo griego clásico⁵⁰. Se trata de un factor sobre cuya importancia todos los autores coinciden. Sin embargo, a la hora de analizar este decisivo proceso hay que evitar exageraciones en uno u otro sentido. Es decir, ni extender la influencia de la oralidad hasta fases demasiado tardías, como hacen los seguidores de Havelock, ni considerar que el avance de la alfabetización provocó un cambio radical en la sociedad griega que eliminó totalmente las características de la sociedad oral previa. Así, refiriéndose sobre todo al texto poético, autores como M. Liborio⁵¹ han señalado que la composición, difusión y conservación de un texto en estas fases de transición han de ser contemplados como fenómenos complejos, en los que tanto la oralidad como la escritura están presentes, manteniendo una relación recíproca que va cambiando a lo largo de los diversos procesos históricos. De hecho, es preciso dejar clara la idea de que la relación entre oralidad y escritura no es necesariamente de oposición, sino que, por el contrario, supone la coexistencia de sistemas semióticos cuya jerarquía va cambiando a lo largo de las fases de una cultura⁵².

Así, la Atenas del siglo V a. C. es un período fundamental en el que se produce la combinación entre una oralidad que está perdiendo fuerza y una escritura que empieza a tener una extensión y una pujanza considerables. Y todo ello sin tener que retrasar el principal impacto de su influencia hasta el primer tercio del siglo IV a. C.⁵³. En un estudio ya clásico, Harvey⁵⁴, a partir del análisis de diversas facetas de la sociedad, consideraba que la mayor parte del pueblo ateniense de los siglos V y IV a. C. estaba alfabetizado. Esta optimista afirmación ha sido matizada por estudios posteriores como el de Harris⁵⁵, para quien hubo difusión de la escritura y de la lectura, pero no hubo una alfa-

⁵⁰ Su importancia en el ámbito de la oratoria y de la retórica es tan grande que Cole, *art. cit.*, p. 7, ha definido la retórica como la palabra escrita que intenta hacer el trabajo de la palabra hablada.

⁵¹ Cf. M. Liborio, «Leggere l'oralità», en G. Cerri, *Scrivere e recitare*, Roma 1986, pp. 171-185.

⁵² Este es uno de los planteamientos metodológicos claves en el trabajo de R. Thomas, *op. cit.*, 1992, pp. 4-5: «Literacy and orality must be examined together in Ancient Greece. . . we should examine the interaction of oral and written communication techniques».

⁵³ Cf. R. John, «Zur Entstehung einer "Buchkultur" in der zweiten Hälfte des 5. Jahrhunderts v. u. Z.», *Philologus* 135 (1991), 45-54.

⁵⁴ F. D. Harvey, «Literacy in the Athenian Democracy», *REG* 79 (1966), 585-635.

⁵⁵ Cf. W. V. Harris, *Ancient Literacy*, Cambridge (Mass.) 1989, especialmente los capítulos 3 («The Spread of Literacy in Archaic Times», pp. 45-64) y 4 («The Classical Growth of Literacy and its Limits», pp. 65-115).

betización de masas. De hecho, no se puede dejar de lado una serie de factores que mitigaron la necesidad de saber leer y escribir, como el importante papel de la memoria en la antigüedad o la posibilidad de tener los beneficios de la palabra escrita a través de intermediarios. Por otra parte, el que la vida política se desarrollara de manera oral paliaba en parte los problemas del analfabetismo. Todo ello sirve para describir un cuadro complejo en el que las consecuencias e implicaciones de la alfabetización no dejan de ser una cuestión muy debatida⁵⁶. Con todo, estuviera más o menos extendida la alfabetización en Atenas y supiera un número mayor o menor de gente leer y escribir, lo que parece hoy en día innegable es que la escritura comienza a desempeñar un papel cada vez más importante y destacado ya desde el final de la época arcaica⁵⁷.

De este modo, parece claro que, tras un uso preferentemente epigráfico siguiendo unos fines privados, comerciales, legales e institucionales durante la época arcaica⁵⁸, la extensión de la escritura y, por lo tanto, de la alfabetización fue facilitada por el desarrollo de nuevos materiales, como el papiro⁵⁹, que eran más manejables, menos costosos y, sobre todo, más fácilmente transportables. Su utilización permitió, por primera vez en la literatura griega, que obras como la *Iliada* y la *Odisea* pasaran a transmitirse por escrito. Así, en un período que se sitúa entre el siglo VII y el VI a. C., surgió la necesidad de crear una versión canónica de los poemas que constituían la base de la educación en Grecia, pues la cultura oral empezaba a debilitarse y comenzaba a haber problemas a la hora de transmitir obras tan extensas como las de Homero. En este momento, las modificaciones hechas por los poetas en el momento de la ejecución son sentidas, por primera vez, como una corrupción de los poemas que hay que evitar. Esta situación aceleró la existencia de un texto que no dependía de una recitación oral y pública, sino que tenía existencia por sí mis-

⁵⁶ Cf., en este sentido, J. Goody y J. Watt, «The Consequences of Literacy», en J. Goody (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge 1968, pp. 27-68.

⁵⁷ Un cuadro general del papel desempeñado por la escritura en la Atenas clásica en G. Nieddu, «Alfabetismo e diffusione sociale della scrittura nella Grecia arcaica e classica: pregiudizi recenti e realtà documentaria», *SeC* 6 (1982), 233-262; M. Detienne (ed.), *Les savoirs de l'écriture en Grèce Ancienne*, Lille 1988; R. Thomas, *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge 1989; A. Burns, *The Power of the Written Word. The Role of Literacy in the History of the Western Civilization*, N. York 1989.

⁵⁸ Un desarrollo detallado de estas cuestiones en W. V. Harris, *o. c.*, pp. 45 y ss.

⁵⁹ Sobre el papiro y los libros en Atenas cf. el trabajo clásico de E. G. Turner, «Los libros en la Atenas de los siglos V y IV a. C.», en G. Cavallo (ed.), *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo*, trad. esp., Madrid 1995, pp. 25-50.

mo, en un ámbito privado, factor que luego también será decisivo para la evolución de la oratoria ática. La lectura de los textos literarios seguirá siendo en gran medida en voz alta, tanto en la intimidad individual del estudio como en el ámbito colectivo de un banquete o reunión⁶⁰. Sin embargo, la existencia de un texto que estaba al alcance de la mano y que exponía de una manera fija su contenido, unido al aquilatamiento de un lenguaje abstracto⁶¹ en el ámbito de la prosa, facilitaron el proceso de reflexión, fundamental para el nacimiento y desarrollo de la filosofía y de las diversas técnicas⁶². De hecho, como señala Cavallo⁶³, la difusión de la escritura y del papiro hizo que el texto escrito asumiera un papel cada vez más importante como instrumento de trabajo intelectual, compitiendo con un sistema de transmisión del saber enteramente basado en el discurso oral dentro de restringidos círculos de élite. Se ponen las bases, de este modo, para la creación de una ἐπιστήμη.

3.2. El desarrollo de la cultura escrita, junto con los avances intelectuales producidos en el mundo griego hasta el comienzo de la época clásica, provocaron a lo largo del siglo V a. C. un cambio sustancial en los tres factores existentes en la sociedad oral que condicionaban el proceso comunicativo del discurso: Creencia en el poder mágico de la palabra, circunstancias político-sociales y proceso de Creación-Ejecución-Difusión del discurso.

⁶⁰ El trabajo básico es el de E. Balogh, «*Voces paginarum*. Beiträge zur Geschichte des lauten Lesens und Schreibens», *Philologus* 82 (1927), 84-109, 202-240. Sin embargo, B. M. W. Knox, «*Silent Reading in Antiquity*», *GRBS* 9 (1968), 421-435, señala que no se puede descartar una lectura silenciosa de textos no literarios y por extensión de otros literarios: hay evidencias que demuestran que en los siglos V y IV a. C. se producía una lectura en silencio, por lo menos, de ciertos documentos breves: E., *I. T.*, 762; *Hipp.*, 856 y ss. (donde Teseo lee una carta en silencio y es visto por el público del teatro); *Ar., Eq.*, 115 y ss. (lectura de un oráculo).

⁶¹ Cf. E. A. Havelock, «*The linguistic Task of the Presocratics. Part one: Ionian Science in Search of an abstract Vocabulary*», en K. Robb (ed.), *Language and Thought in early Greek Philosophy*, La Salle (Ill.) 1983, pp. 7-82. Sobre los aspectos materiales de este proceso cf. G. E. Nieddu, «*Testo, scrittura, libro nella Grecia arcaica e classica: note e osservazioni sulla prosa scientifico-filosofica*», *Sc&C* 8 (1984), 213-264.

⁶² J. Goody, *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge 1977, p. 115, señala lo siguiente: «In the beginning, then was not the word but speech... Writing changes this situation; at the cultural level, it enables people to analyze, break down, dissect, and build up speech into parts and wholes, into types and categories, which already existed but which, when brought into the area of consciousness, have a feedback effect of speech itself».

⁶³ Cf. Cavallo, *o. c.*, p. 13.

3.2.1. Aunque la palabra hablada siguió teniendo un gran poder⁶⁴, éste será más laico que religioso⁶⁵. Ahora la palabra elocuente ya no es un don de las musas. Los griegos ya han descubierto que para ser elocuentes no precisan la ayuda de unas musas o de unas divinidades, en las que, por otra parte, estaban dejando de creer. En cierto modo, el comienzo de la retórica como una técnica coincide con un proceso de secularización de la sociedad griega. De hecho, la necesidad de una técnica retórica va unida a una «muerte de las musas» que se gesta desde el final de la época arcaica⁶⁶.

3.2.2. Las circunstancias políticas y sociales sufrieron también un decisivo cambio⁶⁷. Desde finales del siglo VI a. C. entran en crisis las sociedades oligárquicas y se ponen las bases de una sociedad democrática en dos lugares clave: Sicilia y Atenas. En Sicilia se produce la expulsión de los tiranos que detentaban el poder en ciudades como Siracusa. No por casualidad en esta isla se sitúa el nacimiento de los dos padres del arte retórico: Córax y Tisias⁶⁸. De Sicilia, en particular de Leontino, fue también Gorgias, otro de los principales difusores del nuevo concepto de discurso en Atenas. En la capital del Atica, por otra parte, desde finales del siglo VI, gracias a las reformas políticas emprendidas por Solón, comienza a cambiar la sociedad. Pero el hecho que realmente cambió el curso de la historia y le dio a las clases menos favorecidas un protagonismo hasta ahora inexistente fueron las Guerras Médicas. Su destacado papel en la lucha contra el persa permitió ahondar en las reformas democráticas.

El nuevo sistema desarrollado en ambos lugares reservaba un papel decisivo a la palabra hablada, al discurso, tanto en el ámbito asambleario como en

⁶⁴ Un ejemplo paradigmático lo ofrece Gorg, *Hel.*, 8 y ss. Un análisis de los efectos del λόγος que persuade y engaña desde la perspectiva del sofista en Ch. P. Segal, «Gorgias and the Psychology of the logos», *HSCPh* 66 (1962), 99-105.

⁶⁵ M. Detienne, *Los maestros de verdad en la Grecia Arcaica*, trad. esp., Madrid 1981, pp. 109 y ss., señala que Simónides fue el primero que rompió con la tradición del poeta inspirado, proclamando el carácter artificial de la palabra poética y, por lo tanto, dejando libre el camino para una nueva concepción de la palabra persuasiva.

⁶⁶ Con todo, la creencia en ciertas capacidades mágicas del poder de la palabra aún se mantienen en época clásica, como ha analizado J. de Romilly, *Magic and Rhetoric in Ancient Greece*, Cambridge 1975, quien muestra cómo magia, poesía y retórica mantienen ciertas conexiones.

⁶⁷ Sobre el modo en que el sistema democrático alentó la expansión de la escritura cf. D. Musti, «Democrazia e Scrittura», *Se&C* 10 (1986), 21-48.

⁶⁸ Th. Cole, «Who was Corax?», *Illinois Classical Studies* 16 (1991), 65-84, defiende la idea de que Córax y Tisias son una misma persona: Tisias «el cuervo».

el judicial, que es el que sin duda condicionó de manera más clara el comienzo de una técnica sistemática del discurso⁶⁹. La creación de estos dos nuevos marcos públicos provocó que lo que era una simple posibilidad reservada para unos pocos en el ámbito de la sociedad homérica pasara a ser una necesidad de un amplio sector de población en la nueva sociedad democrática⁷⁰. No obstante, como ha señalado Connors⁷¹, un reflejo de la oratoria de héroes y reyes homéricos permanecería en las figuras de ciertos demagogos y grandes oradores del siglo V a. C., como Temístocles⁷² o Pericles⁷³, que, de manera independiente a la progresiva influencia de la escritura y como reflejo de unas concepciones tradicionales, llevarían a cabo una persuasión más cercana al compromiso emocional y a los aspectos irracionales de la sociedad oral.

3.3.3.- El avance de la escritura y los efectos de los dos aspectos político-sociales tratados hasta ahora provocaron que el proceso de CREACIÓN PREVIA-EJECUCIÓN-DIFUSIÓN del discurso, que ya describíamos en el caso de la sociedad oral, sufriera un cambio radical:

a) *Educación-Creación previa del discurso*. El desarrollo del nuevo sistema político y judicial obligó a que los ciudadanos sintieran por vez primera la necesidad de prepararse para los nuevos condicionantes de su vida cotidiana y, en particular, para poder desempeñar un papel digno ante las nuevas necesidades

⁶⁹ Con respecto a la preeminencia del género judicial, cf. A. Hellwig, *Untersuchungen zur Theorie der Rhetorik bei Platon und Aristoteles*, Göttingen 1973, pp. 155-170 y E. Cortés Gabaudan, «El trasvase de géneros oratorios en las primeras retóricas», en *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 1994, vol. II, pp. 131-138.

⁷⁰ Un análisis más detallado de este contexto en G. A. Kennedy, *o. c.*, 1994, pp. 15 y ss.

⁷¹ R. J. Connors, *art. cit.*, pp. 42-44.

⁷² Desde esta perspectiva, un análisis de la alabanza que le dirige Tucídides puede leerse en J. C. Iglesias Zoido, «La alabanza tucididea de la oratoria improvisada de Temístocles: una nueva interpretación de Th. 1,138,3», *Fortunatae* 8 (1996), 39-54.

⁷³ Sobre las noticias que se han conservado de la oratoria periclea cf. W. R. Connor, «*Uim quendam incredibilem*. A tradition concerning the Oratory of Pericles», *C&M* 23 (1962), 23-33. Por otra parte, N. Loraux, «Solon et la voix de Pétrie», en M. Detienne (ed.), *o. c.*, pp. 95-129, ofrece una interpretación política: si Pericles no utilizó la escritura para sus discurso fue porque se dirigía a la totalidad del δῆμος ateniense, colocándose enfrente de las corrientes antidemocráticas que se manifestaban por medio de escritos en prosa del tipo de las πολιτεῖαι.

oratorias. Los nuevos tribunales de justicia —con la posibilidad de contar con una composición tan numerosa como variada— no eran el lugar más adecuado para esperar la inspiración de las musas o para dejar que la φύσις del orador hiciera todo el trabajo⁷⁴. Es evidente que el nuevo marco socio-político había complicado considerablemente no sólo la tarea de hablar en público, sino muy especialmente el modo de persuadir de manera efectiva a un auditorio. Ante estas nuevas necesidades ya no bastan maestros de élite, como era Fénix con respecto a Aquiles, que, con su instrucción oral, acometieran desde la infancia la tarea de conseguir un varón que combinase la valentía con la elocuencia. Ahora se necesitaba un nuevo tipo de adiestramiento oratorio más rápido y polivalente. La consecuencia directa es la aparición de un nuevo modelo de instructor: los sofistas. No es extraño que estos nuevos personajes generasen tantas prevenciones. El problema de su modelo de enseñanza no sólo residía en el relativismo con el que lo impregnaban todo. La gran novedad que aportaban, en lo que al discurso concierne, es que, unidos a sus enseñanzas orales, aparecieron por primera vez manuales escritos en prosa o τέχναι, artes, que eran compradas por los ciudadanos como complemento de sus enseñanzas orales. La preparación previa del discurso se complica en esta nueva fase.

En lo que no coincide la crítica es en definir cómo era la instrucción que proporcionaban esas primeras τέχναι sofisticas⁷⁵. Frente a la postura tradicional, que concibe las obras de Córax, Tisias o Trasímaco de Calcedonia como auténticos manuales⁷⁶, hay autores⁷⁷ que, a la luz de los estudios sobre oralidad y escritura, consideran que esos primeros manuales de retórica eran en buena medida repertorios de discursos-modelo —al estilo de Antifonte o incluso de Tucídides— o, en todo caso, elencos de secciones de discursos. Habría que esperar, por lo tanto, hasta bien entrado el siglo IV para la aparición de una reflexión más profunda, lo que explicaría que el término «retórica» no apareciese hasta su formulación en el Gorgias platónico⁷⁸. El proble-

⁷⁴ Cf. el testimonio de Cic., *Brut.*, 46, donde se señala a las necesidades judiciales como causa de los primeros manuales retóricos.

⁷⁵ Una discusión sobre los diferentes métodos de instrucción empleados por los sofistas en G. B. Kerferd, *The Sophistic Movement*, Cambridge 1981, pp. 28-34.

⁷⁶ Cf. G. Kennedy, «The Earliest Rhetorical Handbooks», *AJPh* 80 (1959), 169-178. Otra cuestión distinta es si el contenido estaba orientado a la oratoria judicial, como es lo más probable, o a la deliberativa, como han defendido S. Wilcox, «The Scope of Early Rhetorical Instruction», *HSCP* 53 (1942), 121-155 y, en parte, R. L. Enos, *o. c.*, pp. 57-90.

⁷⁷ Cf. T. Cole, *art. cit.* y *o. c.*, p. 81.

⁷⁸ Cf. Schiappa, *art. cit.*, (1990).

ma se debe a la ausencia de testimonios fiables sobre el contenido de esos manuales e, incluso, a la información contrapuesta que proporcionan las fuentes posteriores, que, como en el caso de Platón, corren el peligro de incluir anacronismos. Uno de los pocos testimonios que aporta información sobre el método de enseñanza sofístico es proporcionado por Aristóteles en *Elementos Sofísticos* 183 b 36-184 a 8, donde afirma que, en los años previos, sofistas como Gorgias, a cambio de un salario, enseñaban λόγοι útiles, pero que estos λόγοι no estaban organizados en una τέχνη tal y como la entiende el propio Estagirita. El problema, como ha estudiado Natali⁷⁹, radica en precisar el sentido exacto del término λόγοι. Así, autores como Blass piensan que Aristóteles se refiere al aprendizaje y memorización de discursos enteros, como la *Helena* y el *Palamedes*, que deberían ser complementarios de los manuales. Por contra, hay una línea de interpretación, que parte del Pseudo-Alejandro de Afrodisias, que entiende esos λόγοι como lugares comunes o, en definitiva, como recursos argumentativos y no como discursos enteros. Natali defiende esta segunda interpretación, que contempla el contenido de las τέχναι como una conjunción de secciones-modelo y de una cierta reflexión. Así, teniendo en cuenta la información contenida en el *Gorgias* platónico y la información proporcionada por Isócrates sobre su método de enseñanza, las críticas de Aristóteles se basarían en el hecho de que el método defendido por Gorgias pertenecería sólo al ámbito de la ἐμπειρία, es decir, a la provisión de una serie de recetas argumentativas que podría ser empleada de manera inmediata y que tenía su base en la misma ἐμπειρία que, a su vez, conformaba su objetivo último. El Estagirita, por contra, habría desarrollado un estudio metalingüístico de esos recursos para llegar a conocer sus elementos básicos, elaborando, así, un nuevo tipo de τέχνη.

Teniendo en cuenta el cuadro que hemos trazado hasta ahora, lo importante de testimonios como éste es que ya nos encontramos ante un método, —esté más o menos elaborado, emplee más o menos discursos modelos—, que utiliza la escritura y que, por ese enfoque eminentemente práctico en el que coinciden las fuentes —con especial atención al azuzamiento de los sentimientos—, pone de manifiesto la misma fuente práctica de la que procede. Es en este contexto, en el que cobra todo su sentido el proceso circular que hemos descrito en el caso de sus antecedentes oratorios desarrollados en el

⁷⁹ Cf. C. Natali, «Aristote et les méthodes d'enseignement de Gorgias (*Ref. Soph.* 183b 36-184a 8)», en B. Cassin (ed.), *Positions de la Sophistique*, Paris 1986, pp. 105-116, quien ofrece una amplia bibliografía sobre las diversas posturas en disputa (p. 106, nn. 3-5).

contexto de una sociedad oral. En efecto, no nos encontramos ante una reflexión tan elaborada que convierta a la retórica en antístrofa de la dialéctica. Pero es que tampoco esto era lo que reclamaban los posibles clientes. Lo que suponen estas τέχναι es un nuevo paso en la evolución del discurso como elemento comunicativo, que tiene en cuenta a sus precedentes, y que, ya a mediados del siglo V a. C., es fruto de un nivel de análisis bastante más elevado del que reconocen los autores que defienden una alfabetización tardía.

b) Ejecución-Exposición. La extensión de la enseñanza de las normas retóricas, la circulación por escrito de manuales y el progresivo descreimiento en el poder de las musas obligaron a que los ciudadanos sintieran la necesidad cada vez mayor de preparar de manera más detallada aquello que se iba a pronunciar ante un auditorio y que iba a tener una decisiva importancia para su vida particular. La consecuencia directa es que la idea de la «ejecución» comienza a perder sentido y el «discurso improvisado» va perdiendo terreno frente al discurso que es escrito para ser memorizado, tal y como promovía la enseñanza de los sofistas. Sólo en este momento puede entenderse la existencia de una figura como la del sofista Hipias⁸⁰, con su interés por el arte de una memoria que, basándose en un soporte escrito, reproduce palabra por palabra lo memorizado y que tanto se diferencia de la prodigiosa memoria creativa de la que los aedos y los oradores homéricos eran su principal exponente⁸¹. La alfabetización y sus consecuencias sobre la fase de preparación previa del discurso alterarían, por lo tanto, la naturaleza de los procesos mentales que conciernen a la memorización⁸² y afectarían indefectiblemente al modo de

⁸⁰ Cf. Philostr., *V. S.*, 1.2.1-7. Sobre la importancia de la memoria, cf. también al autor de los *Δισσοὶ λόγοι* (90 Diels-Kranz 9, 1-6). En general, cf. J. P. Small, *Wax Tablets of the Mind. Cognitive Studies of Memory and Literacy in Classical Antiquity*, London y N. York 1997.

⁸¹ Con todo, para este nuevo proceso de memorización la forma poética sería uno de los medios más útiles o, cuando menos, la utilización de unos recursos estilísticos como la antítesis, la asonancia, la rima, etc. Cf. sobre esta cuestión Th. Cole, art. cit., pp. 8-9, quien defiende la idea que el empleo de estos recursos se orienta al ojo del lector y no al oído del receptor. Sobre el papel del ojo y del oído en la cultura griega cf. Ch. Segal, «El espectador y el oyente», en J. P. Vernant (ed.), *El hombre griego*, trad. esp., Madrid 1993, pp. 213-246, especialmente pp. 213-225.

⁸² Cf. en este sentido, T. M. Lenz, «From Recitation to Reading: Memory, Writing and Composition in Greek Philosophical Prose», *Orality and Literacy in Hellenic Greece*, Carbondale 1989, pp. 90 y ss., quien señala que técnicas mnemotécnicas como las que debió usar Hipias implican un uso de la escritura: lo memorizado ha de ser «visualizado como escrito» para poder ser recordado con tanta precisión.

exposición oratoria a lo largo de la época clásica. Se genera así una paradoja, tal y como ha captado L. Gil⁸³, ya que, aunque el fin de la retórica es producir la persuasión por medio de la palabra hablada, «paradójicamente es en su campo donde se deja sentir con más urgencia la necesidad del *logos gegrammenos* como creación artística, meditada, pulida, torneada y cincelada cual obra de ofício».

Al principio, y quizás de manera acorde con lo que enseñaban los manuales, sólo se prepararían anticipadamente y —a continuación se memorizarían— pasajes significativos del discurso (comienzo, final, algunos razonamientos de tipo general fácilmente aplicables a situaciones concretas), dejando el resto a la improvisación⁸⁴. Sin embargo, poco a poco, y siguiendo una evolución lógica, se comenzaría a preparar el discurso entero por adelantado. Eso sí, los oradores más avezados pondrían cuidado para elaborar esos discursos con un estilo agonístico⁸⁵, es decir, lo más cercano posible al estilo del discurso oral⁸⁶. Por supuesto, este comportamiento tuvo que ser más frecuente en el ámbito judicial que en el deliberativo, en el que los temas y sus diversas variantes son mucho más difíciles de prever. Con todo, el margen para la improvisación disminuye de manera paralela al auge de un nuevo oficio como el de la logografía⁸⁷. Surgieron profesionales que vendían discursos escritos de antemano para ser memorizados totalmente, adaptando algunos elementos de su contenido o exposición al talante de quien fuera a exponerlo públicamente.

⁸³ Cf. L. Gil Fernández, *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la antigüedad*, Madrid 1995, p. 20.

⁸⁴ Un análisis de los principales testimonios de época clásica, desde Hipias hasta Alcídamente, con respecto a la improvisación en H. L. Hudson-Williams, «Impromptu Speaking», *GR* 18 (1949), 28-31.

⁸⁵ Se trataría de la cuestión ya desarrollada por Aristóteles (*Rh.* 1413 b 3 y ss.) de las diferencias entre una *λέξις γραφική* y una *λέξις αγωνιστική*. Al respecto cf. el trabajo de R. P. Sonkowsky, «An Aspect of Delivery in Ancient Rhetorical Theory», *TAPhA* 90 (1959), 256-274.

⁸⁶ En este sentido, cf. M. Gagarin, «The Orality of Greek Oratory», en E. A. Mackay (ed.), *The Oral Tradition and its influence in the Greek and Roman World*, Leiden y Boston 1999, pp. 168 y ss., donde compara el estilo de los discursos judiciales de Antifonte con el presente en las *Tetralogías*. Mientras que éstas últimas tienen un estilo más complejo, los discursos judiciales realmente pronunciados por Antifonte presentan características, como el estilo paratáctico o la mayor brevedad de las frases, que los acercan más al discurso improvisado.

⁸⁷ Cf. G. A. Kennedy, *op. cit.*, 1963, pp. 127 y ss.; S. Usher, «Lysias and his Clients», *GRBS* 17 (1976), 31-40; I. Worthington, «One more, the Client/Logographos relationship», *CQ* 43 (1993), 67-72.

Los excesos que se produjeron a partir de esta nueva situación generaron una dura polémica en el primer tercio del siglo IV a. C., en la que destacan dos autores: Alcidas y Platón. El primero, «consciente del poder de fijación de la escritura, que solidifica o cristaliza el flujo del discurso hablado»⁸⁸, se muestra acérrimo defensor del discurso improvisado y de la utilización del *καιρός*⁸⁹, especialmente en el caso de que el orador tuviera que hablar ante la asamblea. Pero lo más interesante es que esto no significaba que el rétor ateniense defendiera que no se prepararan previamente las intervenciones. Sus críticas tienen más que ver con la ejecución que con la preparación del discurso. De hecho, señala que los oradores deben llevar pensados los argumentos y el orden en que iban a ser expuestos, pero su expresión concreta no tenía que ser premeditada y, lo que es más importante, debía parecer espontánea. Por su parte, Platón, en el Fedro, lleva a cabo una condena radical del *λόγος γεγραμμένος* frente al *λόγος* vivo y animado, que representa el más duro ataque realizado contra el nuevo modo de memorización. Para Platón, la escritura no es un remedio (*φάρμακον*) para la memoria creativa (*μνήμη*), sino para una pobre rememoración (*ὑπόμνησις*)⁹⁰. Sin embargo, ambas posturas no son más que reacciones aisladas frente a lo que era un comportamiento claramente asentado.

c) *Difusión*: La memoria y el «boca a oreja» siguieron siendo aspectos importantes en la sociedad clásica⁹¹, pero su papel fue cambiado progresivamente para dejar paso a un fenómeno completamente nuevo: la difusión de copias de discursos ya pronunciados, en definitiva, su publicación⁹². Aunque se trataría de la publicación de un número no demasiado amplio de copias para un

⁸⁸ Cf. L. Gil, *o. c.*, p. 22.

⁸⁹ La evolución del concepto, desde Homero hasta la época clásica, en M. Trédé, *Kairos. L' à-propos et l'occasion*, Paris 1992; con respecto a su función en el arte oratorio, *cf.* pp. 247-294.

⁹⁰ Cf. Pl., *Phdr.*, 275 A-B. Sobre esta cuestión en general *cf.* L. Gil, *o. c.*, pp. 22-29.

⁹¹ Cf. O. Longo, *Techniche della comunicazione nella Grecia antica*, Nápoles 1981, pp. 13-25 dedicadas a estudiar la comunicación verbal directa en la Atenas Clásica.

⁹² Cf. F. Cortés Gabaudan-J. C. Iglesias Zoido, «Cronología y función de la publicación de discursos en la Atenas Clásica», en V. Bécarea y otros (eds.), *KALON THEAMA. Estudios de filología clásica e indoeuropea dedicados a F. Romero Cruz*, Salamanca 1999, pp. 65-73, quienes defienden una circulación de los discursos publicados más amplia de lo que piensan estudiosos como J. C. Trevett, «Aristotle Knowledge of Athenian Oratory», *CQ* 46 (1996), 371-379, para quien Aristóteles, a pesar de su buen conocimiento de todo tipo de discursos, sólo dispondría del texto de los discursos epidícticos, que serían los únicos que circulaban por escrito.

reducido número de lectores, muchas veces en un ámbito oligárquico, lo importante es que los protagonistas del proceso de comunicación oratoria, oradores y maestros de retórica, tendrían a su disposición, de este modo, discursos que habrían sido reelaborados y que en muchas ocasiones se alejarían de lo realmente pronunciado en su momento⁹³. Los autores aprovechaban esta ocasión de difusión del discurso para alterar datos, pero, sobre todo, para mejorar sus argumentaciones y eliminar posibles errores cometidos⁹⁴, lo que implicaba un progresivo perfeccionamiento del discurso. Este proceso de reelaboración sería una consecuencia directa del empleo de la escritura en la fase inicial de preparación previa. Se trataría de una reelaboración sobre una base previamente escrita. En efecto, como hemos defendido en un estudio anterior realizado en colaboración con el profesor Cortés Gabaudan⁹⁵, los testimonios oratorios dejan claro que la publicación de discursos *reales* —es decir, aquellos pronunciados en un contexto público, con una función política o ciudadana concreta— sólo fue posible a partir del momento en que existió una versión escrita previa al momento de ejecución oral⁹⁶.

La consecuencia directa de la alteración de las fases seguidas en el proceso oratorio en el paso de una sociedad oral a otra de la escritura fue el desarrollo de otro círculo cerrado, directa continuación del que hemos trazado para la sociedad oral, pero ahora con unas notables diferencias: a) *Estudio previo*: ya no se basa en la simple experiencia personal que acumulase un hombre hábil en las lides oratorias, como el Fénix homérico, y que fuera transmitida oralmente a un discípulo selecto. Por el contrario, el nuevo instrumento proporcionado por la escritura permite la transmisión de conocimientos a un número más amplio de receptores, resumiendo los resultados de una reflexión que tuvo que aprovecharse de sus precedentes orales y que ahora aconseja sobre la elaboración, —en parte por escrito, en parte oral—, de un discurso a través

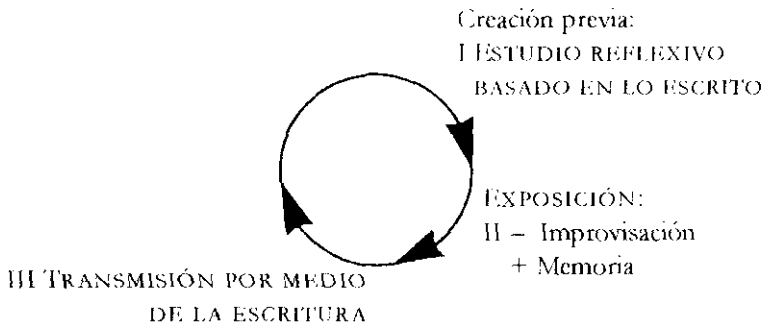
⁹³ M. Lavency, *Aspects de la logographie judiciaire attique*, Louvaine 1964, pp. 190-191, piensa, por el contrario, que se trataría en todo caso de una revisión superficial y que no incluiría alteraciones sustanciales en la presentación del material.

⁹⁴ Sobre estas cuestiones Cf. L. Canfora, «Discours écrit/discours réel chez Démosthène», en M. Derienne (ed.), *o. c.*, pp. 211-220 y «L'agora: il discorso suasorio», en Cambiano *et alii* (edd.), *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I, 1, Roma 1992, pp. 379-395, especialmente pp. 392-395.

⁹⁵ Cf. F. Cortés Gabaudan-J. C. Iglesias Zoido, *art. cit.*

⁹⁶ E. Worthington, «Greek Oratory, Revision of Speeches and the Problem of Historical Reliability», *C&M* 42 (1991), 55-74, defiende que la versión revisada sería sustancialmente diferente a la oral, lo que supondría un problema a la hora de contemplar la utilidad de la oratoria griega como fuente histórica.

de sencillos consejos prácticos, lugares comunes o, incluso, tomando como modelo discursos completos, en los que se hubiera puesto en práctica lo más granado de las ideas transmitidas. Todo ello orientado hacia la memorización. b) *Recitación*: el discurso en este nuevo contexto cada vez dejaría menos espacio para la improvisación. Un nuevo tipo de memoria basado en la existencia de copias escritas empieza a reemplazar a la memoria creativa basada en la simple instrucción oral. c) *Difusión*. A través de la escritura: tras ser pronunciado el discurso, muchos de ellos serían publicados, en algunos casos después de un proceso de corrección e, incluso, de reelaboración. El simple hecho de la publicación, con el aumento de copias disponibles, e independientemente del objetivo inicial de cada orador —propagandístico, justificativo, didáctico, etc.— contribuyó a perfeccionar el método de los manuales, que ahora contaban con una información práctica creciente que facilitaría el proceso de selección y reelaboración de los rétores. Todo ello sin descartar que esos mismos discursos sirvieran como modelo de directa imitación para otros oradores, que así partirían de un paradigma especialmente pulido y elaborado.



De nuevo nos encontramos ante otro proceso que se alimenta a sí mismo y que permite comprender cómo el estudio retórico se fue convirtiendo en un proceso cada vez más complejo y elaborado. A más análisis de los procedimientos oratorios, más preparación previa del discurso y creación de copias escritas que, una vez retocadas, pasan a formar parte de un *corpus* de discursos cada vez más amplio y más fácilmente accesible. La consecuencia final es una mayor difusión de la información por escrito, que, a su vez, proporciona más material para un análisis y estudio reflexivo del arte oratorio. Sin embargo, las consecuencias de este proceder no sólo se manifestarán en el desarrollo, a lo largo del siglo IV a. C., de obras como la *Retórica* de Aristóteles, que, de todos modos, debe una gran parte de sus contenidos a esos testimonios escritos que, desde finales del siglo V a. C., están disponibles para el trabajo

de los rétores⁹⁷. Los efectos también tuvieron que notarse en la elaboración de esas mismas retóricas sofisticadas, en las que ya habría una reflexión sobre el discurso, en el fondo más profunda que lo defendido hasta ahora por autores como Cole. Sin descartar la evolución lógica que habrían sufrido las τέχναι retóricas, desde las menos elaboradas de los primeros sofistas (por la simple razón de que habría menos material escrito con el que trabajar), hasta aquellas que implican una reflexión metalingüística sobre el hecho retórico, sus causas y procedimientos persuasivos, lo cierto es que lo que diferencia a estos manuales frente a la retórica aristotélica es más la orientación práctica de las obras sofisticadas frente a la elaboración de un arte retórico que pretende ser antístrofa de la dialéctica en el caso de la obra aristotélica. De otro modo, no se entendería cómo, a mediados del siglo IV a. C., puede seguir habiendo obras como la *Retórica a Alejandro*, que es fruto de ese modo práctico de orientación del discurso, y que, eso sí, ofrece una información seguramente más elaborada que la que proporcionaban sus antecesores, al beneficiarse de un corpus de discursos publicados mucho más amplio⁹⁸.

4. CONCLUSIONES

Tras este repaso a las principales etapas de la evolución de la oratoria y la retórica griegas, la interpretación estoica que citábamos al comienzo sobre el

⁹⁷ En este sentido, F. Cortés Gabaudan, «La retórica aristotélica y la oratoria de su tiempo (sobre el ejemplo de Lisias III)», *Emerita* 66 (1998), 339-360, deja claro que la finalidad de la obra aristotélica es descubrir los mecanismos persuasivos de los discursos reales para poderlos aplicar conociendo sus secretos. A. López Eire, «Entre la dialéctica y la política», *Ítalis* 30 (1999), 87-110, lleva a cabo un análisis «antístrófico» de los principales pasajes de la retórica del filósofo ateniense en los que se observa la contraposición entre su deseo de configurar un arte retórico en paralelo a la dialéctica y el recurso a (p. 90) «la pragmática de la retórica estudiada desde el punto de vista del oyente». Desde su punto de vista, su doctrina (pp. 109-110) «se nos aparece como resultado no tanto de una evolución tajante de un polo de su formación (el platonismo) al otro (el empirismo), sino de un desarrollo gradual de dos antinomias subyacentes en su mente que emergieron sucesivamente».

⁹⁸ Según M. Patillon, «Aristote, Corax, Anaximène et les autres dans la *Rhétorique à Alejandro*», *REG* 110 (1997), 104-125, la obra de Anaxímenes integraría dos tradiciones retóricas: una práctica, en la línea de la tradición coraxiana, organizada según las partes del discurso judicial (capítulos 29-37); otra más especulativa, organizada según las tareas del orador (desarrollada en el resto de la obra conformando una especie de συναγωγή τεχνῶν), que en su estructura prefigura el contenido de la *Retórica* de Aristóteles.

origen y desarrollo de la retórica, al diferenciar entre *naturaleza, práctica y técnica* de un modo que hunde sus raíces en concepciones sofisticadas, adquiere ahora todo su sentido. La escritura y sus consecuencias fueron factores que permitieron pasar de la simple *ἐμπειρία* oral, como base para la creación de un discurso en la época homérica, al desarrollo de un análisis teórico más profundo. Es evidente que la creación de discursos cada vez más complejos junto con el perfeccionamiento de la instrucción retórica necesitaron de la indispensable ayuda de la escritura. Sin embargo, también hemos destacado que esas primeras reflexiones no surgieron *ex nihilo*, sino a partir de la experiencia acumulada y creciente de las fases previas, en las que, incluso en una cultura analfabeta o con una escasa utilización de la escritura, debió producirse un progresivo perfeccionamiento de la práctica oratoria, que, a largo plazo, acabaría ejerciendo su influencia en la formalización de la técnica retórica. El paso definitivo hacia la creación de una *τέχνη* en el siglo V se dio a partir del momento en que, además de otros factores de tipo ideológico o político, la escritura permitió dar un paso más allá de lo que había sido hasta entonces la práctica oratoria.

Con la interpretación que hemos desarrollado en el presente trabajo hemos pretendido reflexionar sobre el hecho de que el desarrollo de una *τέχνη* oratoria no se produce de un modo revolucionario frente a lo anterior, sino como consecuencia de la evolución de un proceso que en cierto modo ya se percibe de manera germinal en los discursos homéricos. En definitiva, existe un cambio, en el que el desarrollo de la escritura y de la alfabetización fue clave. Sin embargo, creemos que se mantiene en esencia el mismo esquema creativo que está detrás de los discursos de una sociedad oral. Lo que se produjo en el caso griego fueron cambios dentro de cada una de las distintas fases, pero no cambio del esquema como tal. De hecho, podría decirse que incluso una obra como la *Retórica* de Aristóteles, con todas las novedades que aporta, en cierto modo aún sigue siendo deudora de ese proceso.

J. Carlos IGLESIAS ZOIDO
Universidad de Extremadura